

liebre que corre, ó por el lecho dejado por la liebre en su descanso.

Unos perros debutan por rápida carrera, que aflojan pronto, faltos de ardor; algunos empiezan siguiendo bien las trazas, pero las pierden enseguida; otros se lanzan imprudentemente por los primeros senderos que encuentran, se pierden, y no acuden al llamamiento del cazador.

Con tales vicios ó defectos naturales, producto los primeros de una mala educación, algunos perros no



Centauro

prestan el menor servicio, y su compañía haría disgustar á los cazadores de los placeres venatorios. Voy ahora á hablar de las cualidades que han de adornar á los canes de caza.»

## IV

«Los canes de caza han de ser grandes, de cabeza ligera, corta y nerviosa; tener la parte baja de la frente surcada de arrugas, los ojos altos, negros, brillantes; la frente elevada y ancha, los poros abiertos, las orejas grandes, delgadas, sin pelo por detrás; el cuello prolongado, largo, ligero, fino; el pecho ancho, bastante carnoso en el nacimiento de las espaldas; los omóplatos algo separados uno de otro, la parte anterior corta, derecha, redondeada; las costillas no bien planas, dirigiéndose al principio trasversalmente; los riñones

carnosos, ni demasiado largos ni cortos; los flancos ni flojos ni duros, ni muy grandes ni pequeños; los costados redondeados, carnosos por detrás; el bajo vientre y sus adyacentes han de ser muelles; la cola larga, derecha y fina; las piernas vigorosas, los hipocolios largos, redondos y compactos; la parte posterior más alta que la anterior, pero proporcionadas ambas; y los pies redondeados.

Semejantes perros muestran fuerza, ligereza; son bien proporcionados, despiertos, alegres y de excelente gola. Es necesario que los perros busquen el rastro abandonando los senderos trillados, teniendo siempre la nariz rozando con el suelo, y dando señales de alborozo cuando hayan hallado la traza de alguna pieza; bajando las orejas, dirigiendo los ojos á uno y otro lado, azotando con la cola, que arrollan y despliegan sucesivamente, y avanzando todos juntos sobre las huellas de la pieza.

Cuando los perros hayan descubierto la liebre, advertirán al cazador acelerando la marcha, y le advertirán aun mejor por su ardor, por el movimiento de cabeza y de ojos, y por los cambios de posición del cuerpo. Los movimientos desordenados de los canes ante el sitio donde se halle la pieza pregonan que se hallan próximos á la victoria.

Los canes apretarán á la liebre sin retroceder de su camino, ladrando y franqueando los sitios diversos por donde pasará la liebre, y seguirán con gran aliento y devorando el espacio, aproximándose cada vez más á la pieza; los ladridos han de ser oportunos, y sobre todo no deben retroceder hacia el cazador abandonando torpemente las huellas.

Con tan bellas prendas físicas y cualidades, aunad el ardor, excelentes pies y nariz y un buen pelo. Se conocerá que tienen poderoso aliento si en la época de los grandes calores no huyen de la caza; nariz, si perciben la liebre en los campos áridos, desnudos, expuestos á los rayos solares; buen pie, si á despecho del ardoroso Sol trepan por las montañas y sus pies no se asepan; y, en fin, su pelo será bueno si es fino, espeso y flojo.

Por lo que atañe al color de los perros, es preciso que no sean del todo rojos, negros, ni blancos; semejantes colores son propios de un can vulgar, salvaje y no de pura raza. Los rojos y negros deben tener cerca de la frente pelos blancos y los blancos, en el mismo sitio, pelos rojos. Lo mejor es que los perros tengan el pelo derecho y largo en lo alto de las piernas, al igual que los que cubren los riñones y la cola, y más corto sobre la espalda.

El cazador debe conducir con preferencia los canes

hacia las regiones montuosas con preferencia á las tierras cultivadas, pues puede sin obstáculo lanzar los perros en busca de la pista; cosas por todo extremo difíciles en las tierras labradas, por la multitud de surcos. Debe lanzar á sus perros en sitios ásperos, abruptos, aun sin la esperanza de cazar la liebre: así se acostumbra el pie, y el ejercicio les es sumamente provechoso. En verano es al amanecer cuando se debe salir, en invierno durante el día, en otoño después de mediodía, y en la primavera durante la tarde.

## V

Las huellas de la liebre son más marcadas en invierno por lo largo de las noches, y más pequeñas en verano por ser aquellas más cortas.

En las mañanas de invierno, cuando hay helada ó nieve, el perro carece de olfato, y la escarcha absorbe el calor que ha dejado la huella de la pieza, y el hielo por su lado lo condensa.

Los perros novatos no olfatean en semejantes casos; pero, á medida que sale el Sol ó el día avanza, exhala olor

la huella, la descubre, y la percibe bien. Un abundoso rocío también absorbe el olor de las huellas y hasta llega á hacerlas desaparecer, al igual que las grandes lluvias que caen á grandes intervalos, penetran en la tierra, y hacen el olfato casi nulo, hasta que el suelo está completamente seco.

Los vientos del mediodía son muy perjudiciales, porque humedecen y borran las huellas: los vientos del norte, por el contrario, cuando no son huracanados, fijan

y conservan las trazas, y en general las lluvias y el rocío las borran.

La Luna llena no es favorable, pues las liebres, distraídas con los rayos de su luz, que á través de las ramas de los árboles, ó entre los pámpanos del viñedo, dibuja en el suelo fantásticas y caprichosas sombras,

se lanzan dando saltos y loqueando, dejando tras sí huellas irregulares y á largos intervalos.

El paso de la zorra borra y confunde también las huellas de la liebre.

La primavera, á causa de su temperatura bonancible, deja huellas muy marcadas, á menos que los vapores que se desprenden de la tierra labrada no afecten á los perros, y que el olor de las flores y de las yerbas no se confundan con el de las huellas.

Las trazas en verano son poco marcadas y muy ligeras, porque la tierra, entonces caliente, disipa las emanaciones depositadas por el animal por ser muy volátiles, y, forzosamente, el perro percibe menos.

Las huellas en otoño son muy perceptibles, porque en esta estación se ha retirado ya la cosecha de plantas culti-

vadas, y las selváticas se hallan secas; de suerte que, no mezclándose el olor de los frutos con el de las piezas, el perro huele sin obstáculos.

Por punto general, las huellas son derechas en invierno, en verano y otoño, pero muy tortuosas y complicadas en la primavera; porque, durante esta última estación, la liebre busca compañero, y va de uno á otro lado, y produce forzosamente la irregularidad de las huellas.



Recreos venatorios



La traza de la liebre que permanece tendida durante largo tiempo dura naturalmente mucho más que la de la liebre que corre: la primera imprime la señal de su paso en el camino; la segunda va rápidamente: la tierra se halla pisoteada por la una, y se halla apenas desflorada por la otra.

El olor de la huella es más penetrante en los bosques que en las tierras de escasa vegetación. En su carrera, las liebres se paran, rozan por doquier, se acuestan bajo los árboles ó en lechos de yerba.

La liebre que dormita escoge en invierno lugares recogidos y abrigados: las umbrías durante los calores; en la primavera y en otoño, los sitios donde penetran los rayos del Sol.

La liebre de rápida carrera está siempre avisada y alerta, por temor á los perros.

La liebre, acostada, adelanta una de las piernas traseras, une y entrelaza las patas delanteras, coloca sus mandíbulas sobre las extremidades, y deja caer sus orejas sobre los omoplatos. Con sus orejas cubre también las partes más delicadas de su cuello, y generalmente su pelo, espeso y flojo, le sirve de abrigo.

Cuando está despierta mueve los párpados, pero durante el sueño los tiene abiertos é inmóviles, y sus ojos se hallan desmesuradamente fijos; y durmiendo agita con frecuencia las ventanas de sus narices, y mucho menos á menudo cuando está en vela.

La liebre prefiere las tierras labradas á las montañosas. Cuando se sigue su pista, se nota que se para á menudo, excepto durante la noche, porque entonces se trueca en excesivamente tímida y no se atreve á pararse.

La liebre pasma por su fecundidad. Apenas la hembra ha parido, que recibe ya las caricias del macho, y algunas veces se halla ya embarazada.

Las huellas de las liebres jóvenes son más visibles que las de las grandes; porque, como sus miembros son muy tiernos y delicados, los arrastran sobre la tierra.

El cazador da libertad á estos recién nacidos en honor á Diana. Las liebres de un año hacen con gran rapidez la primera carrera, pero no muestran el mismo aliento en las otras, porque, si bien tienen mucha ligereza, carecen en cambio de fuerza.

Para descubrir la huella de una liebre, el cazador conducirá los perros al sitio más elevado de las tierras cultivadas. La liebre, cuando no se dirige á las tierras labradas, permanece, ordinariamente, en las praderas, en bosquecillos, cerca de riachuelos y algunas veces en los sitios pedregosos y en los bosques.

Cuando la liebre sale tened cuidado de no alborotar,

á fin de evitar que los perros, desconcertados, no hallen las huellas.

La liebre perseguida por los perros atraviesa charcos y arroyuelos, da mil giros y vueltas, se retira en el hueco de una roca, donde se arrolla, formando una bola.

La liebre teme, no sólo á los perros, sino también á las águilas. Cuando tiene sólo un año, y franquea las alturas ó los terrenos sin vegetación, corre el peligro de servir de presa al rey de las aves; y cuando tiene más edad corre el peligro de ser perseguida, alcanzada y cogida por los perros.

Las liebres de la montaña corren más rápidamente que las de la llanura. Las que vagan por terrenos encharcados, cerca de las playas, son más lentas; pero difícilmente son cogidas las liebres errantes, porque conocen á maravilla los caminos cortos y tienen gran ventaja, ya sea subiendo, y en terrenos unidos ó desiguales, pues corren con la misma rapidez, pero no bajan con igual facilidad.

Las liebres que se persiguen en una tierra recientemente labrada son descubiertas con más facilidad, sobre todo si tienen el pelo rojo; á éstas el reflejo les hace traición; se les ve también fácilmente en los senderos desembarazados y en los caminos llanos, porque su pelo lustroso llama la atención; pero en cambio, cuando franquea sitios pedregosos, montes, malezas y bosques, es más difícil ver á la liebre, por la confusión de colores.

Cuando la liebre ha tomado la delantera á los perros, se para, se sienta; después se yergue para escuchar si los ladridos ó rumores de los perros se hallan cerca. Aléjase en seguida del sitio donde oye ruido; algunas veces, bien que nada oiga, cree aturdidamente que percibe rumores, y vuelve, saltando sobre sus primeras huellas, y las corta en todos sentidos.

Las liebres sorprendidas en los sitios desiertos realizan muy largas carreras, porque la falta de vegetación les ofrece ancho campo; pero las que han sido levantadas en un bosquecillo espeso y frondoso corren poco, porque la oscuridad las detiene.

Existen dos especies de liebres: unas grandes, negruzcas, que tienen una gran mancha blanca sobre la frente, y otras, más pequeñas, un poco amarillentas y con la mancha blanca más pequeña; la cola de las unas muestra una mancha redonda y otras prolongadas. Unas liebres tienen los ojos bastante negros, y otras azulados; unas ofrecen la punta de las orejas, en gran parte, negra: otras apenas tienen manchada la piel de este color.

Se encuentran prodigioso número de liebres en la mayor parte de las islas, ya sean habitadas ó desiertas, y en mucha mayor cantidad que en los continentes, porque en la mayor parte de estas islas no se ven á las águilas y zorras hacerlas víctimas de su voracidad.

Las águilas habitan, con preferencia, las altas montañas, y por punto general las de las islas tienen menos elevación que las de los continentes; y, por otro lado, los cazadores visitan poco las islas desiertas, y en las habitadas hay pocos hombres y muchos menos cazadores.

En las islas sagradas está prohibido el introducir perros; y allí, pues, las liebres se multiplican hasta lo infinito.

La liebre no tiene una vista penetrante, sus ojos son salientes, sus párpados, muy cortos, no pueden juntarse para cerrarlos, lo que produce la visión vaga y confusa, y, aunque duerma á menudo, no descansa por esto su vista. La rapidez de su carrera contribuye mucho á tener turbia la mirada, y antes que pueda distinguir objeto desvía sus miradas. Por otra parte, el temor á los perros, cuando es perseguida, le quita toda previsión; así es que tropieza á derecha é izquierda y cae imprudentemente en las redes.

Rara vez sería cogida la liebre si siguiera el camino en línea recta; pero, atraída en cierto modo por los lugares que la han visto nacer, da vueltas sin cesar á su alrededor, y es cogida al fin.

Cuando los perros han cogido una liebre, rara vez se debe á la rapidez con que han corrido, porque ningún animal de su aproximado grandor le aventaja.

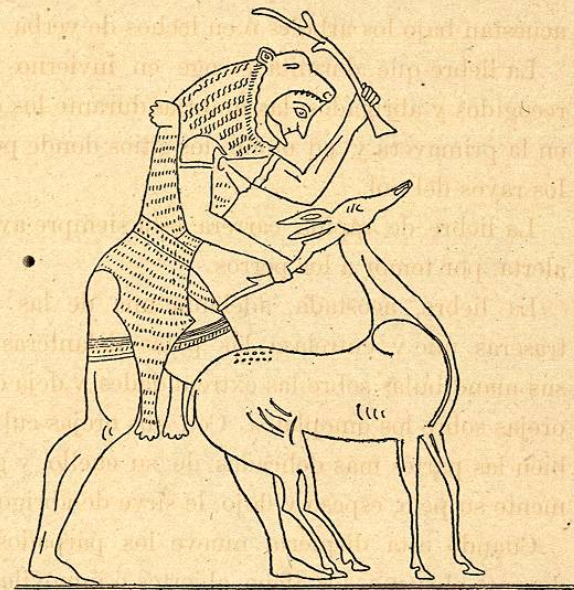
Hé aquí la estructura de su cuerpo: la liebre tiene la cabeza ligerísima, pequeña, inclinada, estrecha por delante; las orejas colgantes, muy altas; el cuello delgado, redondeado, bastante largo; los omoplatos desembarazados y derechos, las piernas de delante ligeras y compactas, el pecho libre, los lados delgados y proporcionados, los riñones arqueados, cóncavos y carnosos; los ijares muelles, las caderas redondeadas, de forma circular; los muslos prolongados y compactos, los músculos externos bien desarrollados, los pies de delante esbeltos, y sus extremidades estrechas y derechas, apropiadas para un terreno duro; las piernas de detrás mucho mayores que las de delante, encorvadas hacia fuera; y el pelo corto y ligero. ¿Cómo un animal así constituido no ha de ser forzosamente fuerte y ligero?

La prueba de su ligereza natural está en que, aun sin ser perseguida, y en su marcha normal, va dando saltos y botes, y jamás se verá una liebre que vaya al

paso; y salta colocando los pies de atrás hacia fuera.

Cuando la liebre se halla en peligro, su cola le facilita su carrera por ser corta, pero lo suple con una ú otra oreja cuando se halla próxima á ser alcanzada por los perros.

Absteneos de cazar en tierras sembradas, sean cuales sean las simientes; evitad las corrientes de agua y de



Cazador y la cervatilla (pintura de un vaso)

las fuentes, y, sobre todo, de perjudicar á nadie, pues el ciudadano debe cumplir, ante todo, la ley.

## VI

Vuelve Jenofonte á ocuparse de los perros de caza.

«El collar, la trailla, las correas laterales: hé aquí el adorno del perro de caza. El collar será flojo, bastante ancho para no estropear la piel del animal, y las traillas tendrán un anillo para ser cogidas con la mano, y es perjudicial formar un collar con la trailla misma; las correas laterales serán de cuero ancho, á fin de no herir ni molestar sus ijares, y será guarnecido de puntas de metal. No llevéis á cazar á los perros cuando muestran asco á la comida que se les presenta, seguros de que están enfermos; ni cuando el viento impetuoso sopla, porque disipa el olor de las huellas, y el perro nada percibe. Lo más prudente es salir, cuando no existe ningún obstáculo, cada tres días. No los empleéis en perseguir á la zorra, porque sería estropearlos. Cambiaréis de comarca,